



DISCURSO 204° ANIVERSARIO 10 DE AGOSTO 2017

“En el fondo del pozo de la historia, como un agua más sonora y brillante, brillan los ojos de los poetas muertos. Tierra, pueblo y poesía son una misma entidad encadenada por subterráneos misteriosos. Cuando la tierra florece, el pueblo respira la libertad, los poetas cantan y muestran el camino. (...)

Cuando la tiranía oscurece la tierra y castiga las espaldas del pueblo, antes que nada se busca la voz más alta, y cae la cabeza de un poeta al fondo del pozo de la historia. La tiranía corta la cabeza que canta, pero la voz en el fondo del pozo vuelve a los manantiales secretos de la tierra y desde la oscuridad sube por la boca del pueblo.

(...) Este es un viaje al fondo del pozo de la historia. Nos dirigimos a un territorio oscurecido, a un camino en que las hojas de los árboles permanecen quemadas desde hace siglos, y en que las interrogaciones se refieren a un infierno terrestre, arrasado por la angustia humana.

Voy a hablaros de un poeta y de su prolongación en otros, voy a hablaros de un hombre y sus preguntas, de sus martirios y su lucha, y veréis cómo aparecen en el tiempo, otros dolores, otras luchas, otra poesía y otras afirmaciones. Los hombres de quienes hablaré, pasaron la vida clamando a la tierra, bajando la mirada a las profundidades del hombre y de la vida, buscando desesperadamente un cielo más posible, quemándose los ojos en la contemplación humana, en la desesperación celestial.

Éste es un viaje al fondo escondido que mañana se levantará viviente. Éste es un viaje al polvo. Al polvo enamorado que mañana volverá a vivir...”

(Pablo Neruda, *Viaje al corazón de Quevedo.*)



Elegí estas palabras de Neruda, extraídas de su *Viaje al corazón de Quevedo*, porque de alguna manera evocan hoy día, desde el corazón de las catacumbas, lo que ha sido el transcurrir de los 204 años de historia de este viejo Instituto. Más que bicentenaria historia, pero que sin embargo, cada año, vuelve a renacer en los anhelos de cada nueva generación de niños que llegan a nuestras aulas respondiendo al llamado imperecedero de los forjadores de la República.

Convertirse en ciudadanos artífices de una sociedad más humana, más inclusiva y libertaria.

En nuestros orígenes, nos animó resolver la contradicción entre una educación que formaba súbditos de una monarquía absoluta en una sociedad estamental y aquella que pretendía estimular la formación de ciudadanos constructores de un sistema republicano representativo con crecientes cuotas de profundización democrática.

En el presente nos asiste la contradicción entre una educación que reproduce las desigualdades de la sociedad o aquella que promueve una sociedad más inclusiva, pluralista, integrada, que promueva la equidad y el bien común por sobre los intereses de grupo.

Formidables desafíos para una comunidad educativa ubicada en el vórtice de un proceso de reformas que entre aciertos y errores busca despejar las dudas de una sociedad marcada por la incertidumbre, la ausencia del sentido ético, la crisis de confianzas y el desprestigio de las instituciones llamadas a conducir y a representar los intereses de la ciudadanía.

Con todo, y a pesar de que muchos exigen a la institución escolar las soluciones a los problemas del mundo contemporáneo, el Instituto Nacional sigue siendo el establecimiento escolar que más aporta a las aspiraciones de movilidad social de vastos sectores medios y populares de nuestro país.

A pesar de que no compartimos la interpretación tecnocrática del concepto de calidad educativa, las interpretaciones populistas del



concepto de inclusión o el imperio de los ranking acomodaticios a través de las pruebas estandarizadas, el instituto sigue siendo el colegio que más estudiantes aporta a las principales casas de estudio de la educación superior de nuestro país: esto significa que somos el colegio que más estudiantes entrega cada año a la Universidad de Chile y el segundo colegio que más alumnos entrega anualmente a la Universidad Católica. En esta última, solo nos supera el Colegio Cumbres.

Y todo lo anterior, a pesar de que nos falta mucho por corregir al interior de nuestra propia comunidad educativa. Nos falta todavía aunar voluntades que busquen preservar la verdadera identidad de nuestro Proyecto educativo por sobre los intereses particulares y pasajeros. Nos hace falta construir consensos en torno a la centralidad que merece el debate pedagógico y el análisis del currículo que debemos entre todos diseñar para responder de mejor forma a los desafíos de este nuevo milenio.

Muchas veces preferimos el camino fácil de intentar imponer visiones descalificadoras y maximalistas en lugar de la reflexión serena, respetuosa y tolerante en torno a las naturales discrepancias que puede tener una comunidad que supera a las 10.000 personas. Resultado de lo anterior, es que en la última década nuestra comunidad ha caído muchas veces en conductas autodestructivas que más daño nos producen que aquellos mismos desafíos que declaramos querer superar.

Pero hoy estamos de aniversario y existen razones de sobra para recuperar el optimismo, la esperanza y una auténtica alegría. Hoy es un día histórico, inédito y lleno de promesas que debemos aquilatar con tanta responsabilidad como entusiasmo.

En el Fondo de las catacumbas, detrás de cuyas paredes aún es posible distinguir las raíces de la vieja paulonia, se siente la vibración agitada de una larga historia de 52 años de espera. Esta nueva mañana de agosto nos reunimos diferentes generaciones de institutanos, con visitas muy cercanas a nuestros afectos, para respirar la nostalgia y los



recuerdos, pero también para soñar e imaginar a nuestro Instituto en el país que vendrá, trastabillando y confundido desde el futuro.

Este es el primer aniversario que celebramos en el Aula Magna de nuestro Centro de Extensión y ello nos compromete una tremenda responsabilidad con todas las generaciones que vendrán y nos obliga a agradecer los esfuerzos de tantos, que por tanto tiempo buscaron alinear a los astros y lograron la sintonía con los organismos del estado que financiaron la terminación de estas obras.

Nuestro eterno reconocimiento a la Corporación Cultural y Educacional que reúne a exalumnos de distintas generaciones, de distintos colores políticos, de distintos credos y de diferentes profesiones. Que siempre pusieron su gratitud al Instituto por sobre otras consideraciones. Nuestra gratitud también al Centro de exalumnos que con entusiasmo sumó sus aportes a los esfuerzos de la Corporación.

Nuestro agradecimiento sincero al Gobierno Regional que decidió priorizar el financiamiento necesario para el pago de la deuda que el Estado tenía con nuestra comunidad desde hace 52 años y la terminación de la obra inconclusa del arquitecto Llambías y que comenzara durante el gobierno del Presidente institutano Jorge Alessandri Rodríguez.

Por último, nuestro sentido agradecimiento al apoyo decidido de nuestro sostenedor, la Ilustre Municipalidad de Santiago, tanto de la administración de la Alcaldesa Tohá como del Alcalde Felipe Alessandri Vergara, que con la mejor disposición nos han prestado todo su apoyo y acompañamiento en la búsqueda de los medios que nos permitan administrar de manera sustentable y con responsabilidad este recurso que representa un tremendo recurso cultural y educativo, así como de incalculable rentabilidad social.

Por todo lo anterior, no puede ser esta una mañana exclusiva para los discursos, debe ser una mañana de puertas abiertas a los afectos y las emociones. Esta será una jornada en que la historia transcurrida pagará una deuda largamente postergada.



Este día de aniversario, debe ser la una oportunidad que nos ayude a comprender la misteriosa amalgama que provoca en cada uno de nosotros el profundo amor sin condiciones que, a medida que pasan los años, se nos acrecienta por nuestro instituto.

Este instituto que no es el adobe de la vieja casona de antaño o de la vanguardista arquitectura de Llambías, este instituto que no es tan solo el Caleuche, ni tampoco el recuerdo fragmentado de tantos y tantos maestros que nos regalaron vocaciones y horizontes.

Este instituto misterioso que se explica mejor por el pluralismo y la diversidad, por los valores republicanos que nos ofreció en sus más de doscientos años de existencia. Este Instituto nuestro que resume tantos anhelos de infancia y juventud que crecieron de la mano del compañerismo y la fraternidad. Este Instituto libertario, donde siempre será posible tejer ideas de los más diversos colores, con la letra del poeta, del filósofo o del científico, con la sola condición que exige la defensa del Bien Común o el honesto deseo de contribuir a un mañana mejor para todos.

Somos los primeros institutanos que, desde el fondo del pozo de la historia y desde el corazón de las catacumbas, cantaremos nuestro Himno, quizás sin los timbres de las voces juveniles que alguna vez tuvimos, pero con el corazón vibrante de 52 generaciones que por primera vez proyectan sus voces desde el fondo del pozo de la Historia hacia un abierto porvenir.

Feliz aniversario y larga vida a nuestro Instituto.

Muchas gracias.

Fernando Soto Concha
Profesor de Estado en Historia y Geografía
Rector